

TONI QUERO

EL CIELO Y LA NADA

XXXII PREMIO TIFLOS DE POESÍA



*Looking up at the stars, I know quite well
That, for all they care, I can go to hell*

13

W. H. Auden



Me he descubierto tantas veces siendo yo el que más ama,
atravesado de alfileres sobre un corcho olvidado
junto a fotografías tomadas en ciudades remotas,
vértebras del esqueleto del mundo
donde amanecíamos radiantes
o durmiendo al raso bajo una rodaja de luz,
que ya puedo calibrar mi dolor
con la precisión de un alquimista.

Sé de lo que hablo: desprender la horquilla
y provocar tormentas eléctricas,
caminar en paralelo por la vía del tren
y patear los dos la misma lata,
desplazando la vida siempre hacia delante,
prestar mi camiseta para que duerma
con el logo de Nirvana arqueado sobre el pecho
y sangrarnos las encías sobre la pulpa de una manzana.

Hacer un fundido en negro en mi vida
y aparecer sonriente unos meses más tarde,
saludarla al descuido: hola, cómo te va,
y decir te equivocaste, sí te equivocaste,
aunque sepas que es mentira
y seas tú quien duerme hecho un ovillo,
mientras volteas de nuevo las fotografías
y acumulas recuerdos en un cajón apartado.

(Nirvana)

Yo nací —¡respetadme!— con el cine.

Rafael Alberti

Now you do what they told ya.

RATM

Respetadme,
fui un adolescente en los noventa,
nuestra religión era la música,
acampábamos en el margen de un río
y bailábamos como fuegos fatuos hasta el alba.

Ellas
vestían jerséis anchos,
ocultaban los puños en el interior de sus mangas
y se zarandeaban como sauces al viento:
sólo si estuviste ahí sabrás que algunas eran tan hermosas
que tu corazón doblaba sin consuelo durante horas.

Aún
percibo el flamear de sus crines
y cómo aullábamos sedientos en la orilla,
pero ese mundo ya no existe,
confié mis recuerdos a robustas carcasas
y frágiles memorias de ocho bits
que han evaporado buena parte de ellos.

Nos
bañábamos entre carrizos y espigas,
los caños manaban torrenciales
y hundíamos los tobillos en el fango.
Sé que en el futuro nos tributarán honores de Estado

como al último soldado vivo de las Ardenas
o a los actores centenarios del cine mudo.

19

¿Recuerdas?
Nos desorientamos,
el ruido se tornó ensordecedor,
la droga cabía en la yema de tus dedos
y nos conectaron unos a otros
como en una baliza interminable.
Entonces comencé a escribir
y a cuestionar las normas,
las calles ardían por cualquier motivo
y ellas se alejaron irremediablemente hacia la nada.

Aman,
hoy, sus pequeñas vidas, sencillas, ordenadas,
los arroyos son grises y estancados,
¿quién querría volver a sumergirse en ellos?
Pero a veces la música nos salva,
tararean una melodía
y se balancean suavemente
como el brote de una espiga
prolongándose hacia la luz.
Algunos aceptamos la derrota,
sigo sin hacer lo que me dicen
ni escribir como debiera,
pero no voy a cambiar ahora.

(Fuegos fatuos)

Ya no es posible viajar a lugares remotos,
entendedme bien, no soy un aventurero,
hablo de encender el ordenador
y encontrar cartografiado
cualquier accidente geográfico:
el relieve de aquel albergue de montaña
donde el granizo maltrataba las tejas
o el desnivel de esa calle cerrada
donde nos refugiábamos al caer el día.
Ahora el mundo no muere en aquella esquina.

Hoy puedo ver los muros de tu casa,
que también fue la mía,
quién sabe si aún no estaremos dentro,
pero no puedo penetrar en ella,
ni en los rincones que habitamos.

Tal vez deslizando el cursor por la ventana
acceda de nuevo a aquellas vidas,
en la que era incapaz de separar nuestros libros
y tus latidos alteraban las señales de radiofrecuencia,
para trazar minucioso los mismos planos:
el edificio de enfrente mantendrá el andamio,
las obras del colector permanecerán inacabadas
y al anochecer, cuando invadas sonriente
mi lado de la cama, saldré a sabotearlas,
porque mientras duren
nada de esto habrá ocurrido.

(Google Maps)

Por unas pocas libras, el albergue de Kirkwall ofrece habitaciones someras, camastros desnudos y una pequeña atalaya donde contemplar el brezo peinado sobre la estepa.

Orillado entre las rocas, un frailecillo exhibe sus vivos colores y las focas emergen cohibidas sobre los periscopios de la Royal Navy.

Reverencial, la marea se retira de las costas y los botes avisitan piedras erguidas y cuerpos naufragados entre las algas.

Ingigerth es la más bella de las mujeres.

Cae el cielo sobre las landas. Un vendaval salino inflama las mejillas de las valquirias, cuyo legendario atractivo muerde el túmulo funerario.

El aroma de la turba vara los marineros en las barras y los alambiques espiran interminables sagas que un ciego porteño recitará en su senectud.

La noche gotea lentamente. Inerme, el vapor de un cuerpo se arremolina entre mis brazos aplazando sin remedio estos versos bajo las sábanas.

(Orcadas)

He habitado en todas ellas,
las manos entrelazadas bajo la nuca
y un volumen abierto sobre el pecho.

Estancias mal ventiladas,
amarilleadas bajo un nido de luciérnagas,
mi silueta recortada en el escritorio
y el olor a sexo en la frazada.

Abandonado en la Gran Vía,
sacudido por el suburbano
y el zumbido de patios interiores,
un tragaluz, como cíclope envejecido
cuya visión sólo contempla borrones,
ondas blanquecinas tras un ojo de buey,
espejea un mar antiguo,
el tintineo

de un naufragio
en las costas helenas.

Frente a ellas, María Polydouri
caligrafía un epígrama en sus pequeños senos,
golpea las paredes de espuma
y suspende su mirada herida
como un barco fenicio en los Dardanelos.
Una hoguera viva

con que destejer
el camino a casa.

De regreso, tras los ventanales,
contemplo el arco de las horas del día,

36 el dibujo de mi mezquina ciudad
y su fálica industria derrumbarse.
Hay una grieta en los porticones
y la nieve

siempre la nieve
afila sus cuarzos.

Sobre Yelábuga, donde Marina Tsvietáieva
sostiene una soga entre sus manos,
abandona un cobertizo ennegrecido
y espira unos átomos
que un caudaloso afluente
esparce

sobre el mar
el horizonte.

Y se vuelven niebla en una capital inglesa,
la perenne huida tras un poema río.
Descalzo sobre el suelo enmoquetado,
ahumado por el cordero y los rezos vecinos,
me evado en el humeante

silbido
de una tetera.

Hacia Amherst, Massachusetts,
donde el vapor inunda una cámara cerrada.
Pálida, transparente, una figura
flota como las formas de gelatina
bajo un sinfín de atmósferas,
el dosel recogido en una esquina
y el pelo alborotado sobre los hombros.

Garabatea
sobre la cuartilla unos insectos,



una edición póstuma removerá los ácaros,
la incipiente vida germinada en sus versos,
pero nada de eso preocupa a Emily Dickinson,
quien se atusa por última vez el cabello
y desciende los escalones del primer piso
sabiendo que
la eternidad
se construye
muy lentamente.

Será hoy, se decía removiendo con el talón los grumos de espuma, pequeños cirros evaporados en la arena. Juguetea con una madeja color coral entre las manos, un perro yace a sus pies y el cabello cae en espiral sobre los hombros. Otea el horizonte buscando un casco negro y una enorme vela cuadrada. Los pescadores tienen orden de encalar los botes y faenan evitando su mirada.

Será al amanecer, se persuade acariciando la cicatriz de la rodilla. Tras el mascarón advierte el restallar de las olas, la silueta de bestias marinas y un cortejo de barcos fantasma. Se sabe protegido por los dioses, pero su dolor es humano: teme no volver a perderse en sus rizos bañados en lavanda. Un marinero brama enloquecido en cubierta, la barba hirsuta araña la clavícula y alza la vista buscando respuesta en las constelaciones:

retrocedas

No

toda

un

huella

es

camino

¿Será hoy?, se pregunta el ciego poeta tendido bajo un sarmiento. Rasga el quitón embarrado llevando la cuenta de una vieja salmodia. Hay un pequeño cántaro en equilibrio sobre una piedra y un muchacho que repite una y otra vez los mismos versos. El bardo lo manda callar, construye un mundo en el que aún habitamos. Eleva el rostro hacia la

■ nada y manotea en el aire tratando de ordenar las palabras. El joven lo observa y mueve la jarra fuera de su alcance. De súbito, el viejo se incorpora y chasquea los dedos llamando su atención. No, no será hoy, sentencia dibujando una sonrisa ladina y, tras un suspiro, los aqueos zarpan de la isla de Eea y germina en sus labios el violento canto de las sirenas.

(Volver)



Os voy a contar un secreto:
a menudo padezco insomnio,
imagino playas solitarias,
organizo mis rebaños
y me volteo de un lugar a otro
sobre muescas de anteriores vidas.
Sí, ya sé...

Después conduzco de madrugada
hacia estaciones de servicio.
Las elijo con grandes lunas
y trazo líneas paralelas
con la exposición prolongada
de la retina sobre los faros.

No es necesario pedir café.
Las camareras reconocen
a los pasajeros perdidos
y saben reconfortar el sueño
elevando dulcemente la mirada.

Con frecuencia estamos solos,
escuchamos el hilo musical
y sonríen con timidez
tratando de entablar conversación:
No nos mata el amor
sino la nostalgia.

Entonces sé que es momento
de seguir adelante y buscar
un nuevo lugar donde detenerme.
Pero las noches se agolpan
y sólo alguna tormenta veraniega

50 me detiene fascinado
■ en mitad de ninguna parte.

Cada vez necesito ir más lejos
y virar hacia carreteras secundarias,
me siento un *oopart* abandonado
en una dimensión paralela a la mía.
Temo algún día no estar de regreso
cuando amanezca.

(No lugar)

■ La joven que duerme junto a mí
tiene dos pequeñas punzadas,
una paz iconográfica bajo el cuello
y una luna creciente sobre su hombro.

Puedo afirmar que no esconde ninguna otra
y que al dormir jadea débilmente:
cuando un haz de luz llamea sobre la noche
no hay necesidad de avivarlo.

Ahora está desnuda, vosotros me entenderéis,
pero a menudo viste faldas vaporosas
y su pelo es una maraña de mirlos
aleteando antes de emprender el vuelo.

Y sé aún muchas otras cosas,
pero éas no las puedo compartir,
no quiero que desaparezcan al nombrarlas,
ya es muy duro saber que algún día
sólo serán palabras.

(Tatuaje)

A Sol

A medianoche, un vehículo pesado recorre el exterior, la luz cenital se balancea y su fulgor se descompone en un prisma irisando su cuerpo antes de extinguirse.

A la 1 combato el insomnio jugando mentalmente con las palabras, construyo sinsentidos y las desplazo adelante y atrás en el poema como un basculante diente de leche.

A las 2 los sueños germinan en mi cabeza dibujando una gran parrilla televisiva, pero no puedo escoger aquellos que prefiero.

A las 3 irrumpen en el metraje antiguas amantes y disfruto deteniéndome ahí como en una vieja película de enredos.

A las 4 un desconocido llama por teléfono en mitad de la noche: al oír mi voz sabe que ha equivocado el número, pero me pide que escuche su historia para poder olvidarla.

A las 5 subo a la azotea, la ciudad duerme embozada en su manto oscuro y contemplo absorto su silueta como un gato negro pensando en su siguiente reencarnación.

A las 6 descubro entre la polución una estrella solitaria, quién sabe si explosionada hace millones de años, se contonea pálida tratando de ser recordada: su temor es el mismo que el nuestro.

- A las 7 la observo ducharse y se mantiene unos segundos más bajo el agua, aun cuando sabe que ya no hay restos de jabón sobre su cuerpo.

A las 8 nos despedimos, anoto en el margen de un pedazo de diario cuatro versos sobrevenidos y los protejo tras la cubierta de un libro perdiéndolos para siempre.

A las 9 acumulo los encargos pendientes sobre el escritorio, tomo paciente el primero y las pilas se desmoronan sepultándome entre errores ortográficos.

A las 10 escribo, borro, garabateo, me meso los cabellos, observo la caída de diminutos copos blancos en el interior del pisapapeles y empuño el lápiz por el estudio como un zahorí desorientado.

A las 11 hallo un par de versos a los que poder aferrarme y vuelvo a engañarme pensando que la lucha tiene sentido.

A mediodía me siento perdido, finjo ser un ave del paraíso, hundo la cabeza entre las piernas y giro sobre mi propio eje abriendo un orificio al exterior.

A las 13 tomo asiento en un parque, las cotorras parlotean sin cesar y un pequeño roedor se detiene frente a mí calibrando de qué modo portearme a su despensa.

A las 14 trazo un círculo a mi alrededor, tallo minucioso su nombre en un hueso de animal y lo lanzo contra el viento invocando su presencia.

A las 15 recibo un mensaje de texto: ella también me echa de menos.

65

A las 16 llueve débilmente moteando el asfalto y salto circunspecto de un lugar a otro como en las tomas falsas de un confuso musical soviético.

A las 17 la tormenta arrecia y doblar cada esquina es adentrarme en el cabo de Hornos.

A las 18 anclo en una cafetería, la camarera pliega un mantel de damasco rojo hasta fundirlo con su esmalte y me atrincheró tras un libro esperando su venida.

Al atardecer, las ventanas se buscan unas a otras encendiéndose sin fin como en un inacabable juego de espejos.

A las 20 erramos juntos por las calles empapadas, la rodeo por la cintura y nos alejamos del cian del lienzo ocultándonos tras el marco.

A las 21 aún quedan manchas de día en las esquinas y un perro vagabundo orina sobre ellas trayendo la oscuridad consigo.

A las 22 nos desvestimos, ella me muerde levemente el pómulo y desordenó las pecas de sus mejillas creando nuevas constelaciones.

A las 23 duerme como la hiedra enredada entre mis brazos, me deslizo bajo un delgado brote y regreso a la azotea buscando el latir de la vieja estrella.

■ A medianoche, el levante escampa la niebla alumbrando candilejas sobre nosotros, sello al fin los párpados y siento que la vida es interminable como una ciudad portuaria china.

■ Poco antes de dormir,
levanta la camiseta
y une su pecho
desnudo con el mío.
Mentiría si dijera
que oigo sus latidos
o que los míos golpean
como la aldaba
de una iglesia abandonada.
En realidad permanezco inerte,
sé que es su momento
y sólo deslizo un dedo
por el arco de su espalda.

Después,
acomoda la mejilla
junto a mi hombro
y sus ojos revolotean
veloces bajo los párpados.
Ubico la sábana bajo
la línea de nuestras cabezas,
dos pájaros suspendidos
en un cable olvidado,
y contemplando el ocaso
aguardo al día siguiente
para que vuelva
a hacerlo de nuevo.

(Ritual)

En invierno mis guardias son interminables, el tiempo se detiene y un fragmento de noche se adhiere como un perno metálico a la ventana.

Es tan tarde que mi reloj de arena consume un desierto y los beduinos acampan en el cuello de la botella.

El cielo se descompone en escala de grises, el vapor jaspea la lente y observo el paso de nubes de guata como en una farsa de marionetas.

Es tan tarde que las lechuzas caen de los árboles y el último colmado chino baja la persiana.

Ella aprieta los puños, se encoge como un armadillo y rueda hacia mí buscando regiones más cálidas.

Es tan tarde que los taxistas no encuentran tarifas para timbrar sus carreras y regresan a casa abatidos.

Un haz se desplaza geométrico por las paredes, baña las sábanas y dibuja un dédalo imposible sobre su espalda.

Es tan tarde que Oblómov se levanta hastiado de la cama y Sherezade acude a la biblioteca buscando nuevos relatos.

Cada destello ilumina una nueva superficie ártica: hay un trineo volcado entre los hombros y un perro aullando en mitad de la nada.

■ Es tan tarde que los astrónomos prueban la teoría de cuerdas y alzan un monolito en una galaxia lejana.

Un hombre se abre paso entre la nieve, duda si regresar o seguir adelante: él no lo sabe pero camina en círculos.

Es tan tarde que las revoluciones prosperan y olvidamos el tacto de antiguos amores.

La velocidad de obturación aumenta, el día se alza sobre unos tobillos y todos los electrodomésticos crujen al unísono anunciando el alba.